

NOVELA / JORGE SANZ BARAJAS

## Marta Sanz: beber el sudor o la indisciplina

'Clavícula' (Anagrama, Barcelona, 2017. 201 páginas), de Marta Sanz, habla sobre el amor sin abstracciones. Lo entiendo en la misma dimensión que su poemario 'Cíngulo y estrella' (2015), un espléndido libro de amor a su marido. Y quizá la revisión de 'Lección de anatomía', del 2014, y 'Éramos mujeres jóvenes' (2016) fueran el aldabonazo a un sendero vital que cerró un momento de plenitud. El anverso de 'Clavícula', que es la consciencia de la fragilidad, un cierto 'crack-up' contenido, el de una escritora que no vacila a la hora de buscar su centro de gravedad y ponerle palabra como



Marta Sanz. EFE

pocos saben hacerlo. Aquí se habla del amor y el dolor como las dos caras de la vida, como una moneda con la que no podemos apostar, una moneda que se queda siempre de canto, cimbreado como una provocación. Es un libro caliente, muy caliente,

corporal y claro. Pero no habla de los tonos de la piel, de los cardenales, de las estrías... «No hace falta tatuarse / el cuerpo / para que esté / lleno de historia» ('Cíngulo').

'Clavícula' es libro de madurez. Atrapa el desnudo moral de la voz que narra en primera persona. La precariedad es la verdadera enfermedad de la que habla el libro, aunque sea indisociable en la escritora del extrañamiento con que se vive la menopausia, la no-enfermedad, el mal inexistente, el dolor psicológico sobre el que ella misma dibuja en un irónico juego la posibilidad nietzscheana de que sea poco más que una enfermedad burguesa. Pero duele. Duele mucho. Y las mujeres que la han vivido parecen comportarse como esos viejos sargentos que desprecian el pudor y la falta de aguante de las novatas. 'Clavícula' es un libro sobre la menopausia, pero también sobre todas las crisis que acompañan a todos los climaterios: no rehuye las crisis de la pareja, del sexo, del deseo, los insomnios, la polimedicación, el desempleo, la relación con los padres mayores... «Escribo de lo que me duele» (¿Sabes lo que es ganar un euro por hora de escritura?). La crisis, sin embargo, es un espolón en la conciencia: «No es mi vida la que me hace infeliz. Es la oscuridad de mi cuerpo».

El libro no trata de iluminar sino de ahondar en esa oscuridad. No hay puertas para el dolor. Solo canto. Por eso es tan difícil adscribir a un género este libro: dietario, diario, poemario, prosa, narración... Escritura en estado puro que narra el proceso mismo en que se está gestando, porque el dolor solo tiene sentido dentro de sus propias ligaduras. Es espléndido en ese sentido el viaje de Águilas a San Roque porque la experiencia una paradoja: tan sencilla como densa. Solo queda acariciarse. El Bóforo de Almasy, esa escotadura supraesternal, que deja un sabor al 'El paciente inglés' (¿Recuerdan la escena?), palpita en toda la novela. Tampoco Cary Grant dejaba a Joanne Fontaine en 'Sospecha' (Hitchcock, 1941) abrocharse el botón de la blusa y cubrirlo. Marta Sanz no lo abotona. Lo deja al descubierto de manera tan indisciplinada como deliciosa.